



UN
DUQUE
SIN
HONOR

Olivia Ardey

Olivia Ardey

Un duque sin honor

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Olivia Ardey, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016, 2018

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Malgorzata Maj / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2018

Depósito legal: B. 16.039-2018

ISBN: 978-84-08-19373-9

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Malas noticias

Darnell retiró el visillo del salón y observó cómo el lacayo, que acababa de llegar con tan malas noticias, se alejaba de la mansión sorteando los carruajes de pasajeros y carros de reparto que a esas horas atestaban Regent Street. Eran las doce y las calles bullían de actividad con el trasiego matinal. Todo Londres había amanecido hacía una eternidad, salvo aquella casa.

El mayordomo se apartó del ventanal y, murmurando un juramento, pensó en las ganas que tenía de abandonar aquel lugar. Mediodía y, como era habitual, el señor aún permanecía durmiendo en sus aposentos.

Y acompañado.

En la peor de las compañías, rectificó Darnell para sí. Detestaba presentarse en el dormitorio de su señor, imaginando la escena que iba a presenciar. El mayordomo dudó durante un segundo a la

vez que contemplaba la carta que tenía en la mano, y se encaminó hacia la escalera. Era su deber, se dijo depositándola sobre una bandejita de plata y emprendiendo los escalones con energía. No le quedaba otra, el duque —sí, ahora el título le pertenecía y tendría que acostumbrarse a llamar así al señor— debía conocer de inmediato la luctuosa noticia.

—Lord Damien, duque de Kedwell —murmuró, hablando consigo mismo.

El señor ya no era lord Damien Murray, sino el flamante duque de Kedwell, se repitió mentalmente. No debía olvidar el tratamiento. Lo mereciese o no, le correspondía. Aunque, dada la actitud y estilo de vida poco honorable de quien ya, como legítimo heredero, ostentaba ese título, definitivamente iba a ser un duque sin la conciencia del honor que se le supone a un miembro de la nobleza.

Darnell pensó en el viejo duque. Aunque no llegó a conocerlo, los cotilleos entre el servicio eran algo común y todo Londres sabía que jamás quiso a su hijo. Lo odiaba, o eso se decía. Desprecio que era mutuo, dado que su joven y alocado vástago jamás nombraba a su progenitor en presencia de la servidumbre. O lo que era lo mismo: ni en su presencia, ni en la de su querida Mildred, ni en la de Adeline, la doncella que hacía las veces de fregona. Un escueto plantel de personal para una casa como aquella, pero de todos era sabido que el señor carecía de rentas vitalicias y no podía permitirse más criados que Adeline, él y su esposa, que alternaba las funciones de cocinera y ama de

llaves. Nada en aquella casa se ajustaba a las normas de la sociedad. Pocos amos habrían permitido un matrimonio entre sirvientes, pero a su señor poco le importaban las convenciones. A fin de cuentas, «heredó» a los criados el día que ganó la casa en una apuesta de juego.

Al llegar al rellano de la planta noble, Darnell oyó murmullos que provenían de los aposentos del milord y, entre dientes, farfulló una maldición. Él no era como la buena de Mildred, que reconocía dedicar una plegaria por el alma pecadora del joven señor durante el servicio religioso dominical. Ella era de otra manera. A veces Darnell se preguntaba qué extraña razón llevaba a su esposa a mostrar un sentimiento maternal hacia aquel sinvergüenza, y que Dios lo perdonara por opinar así de quien le daba de comer, pero lord Damien lo era.

Quizá el hecho de que ellos dos no hubiesen sido bendecidos con hijos hacía nacer en la buena de Mildred el sentimiento de una madre hacia aquel desdichado que perdió a la suya cuando ésta lo trajo al mundo. Imaginó al duque recién nacido, un huérfano recién alumbrado abocado a sufrir el desprecio de un padre que nunca quiso a su hijo por considerarlo el culpable de su desgracia. El mayordomo desechó el incipiente sentimiento de lástima; aquellos hechos pasados no eran excusa. Mucha gente sufría penurias y calamidades más graves y no por ello se lanzaba a una existencia disipada.

Darnell titubeó antes de avanzar por el pasillo. Observó la puerta del dormitorio, el corazón de la

mansión donde moraba el rey del pecado. Recapacitó sobre la debilidad sentimental de su esposa y se estremeció de pensar en haber concebido a un hijo tarambana como el que yacía a esas horas tras la puerta del fondo. Más que una bendición, un castigo. Habría sido como arrullar, envuelto en mantillas, al primogénito del demonio.

Cuando estuvo frente a la doble puerta de roble, Darnell oyó un gemido femenino. Respiró hondo para armarse de valor y repicó con los nudillos en dos ocasiones.

—¿Cuántas veces he ordenado que no se me moleste cuando tengo compañía? —rugió desde dentro una voz masculina.

—Señor, traigo malas noticias —anunció apurado el mayordomo.

—Espero que tengas una poderosa razón para interrumpirnos, Darnell. ¿De qué mala noticia se trata?

—De la peor.

Durante unos segundos, a uno y otro lado de la puerta, reinó un silencio cargado de incertidumbre.

—Adelante, ¿a qué esperas? —exigió—. No me apetece continuar hablando a voces.

—Señor...

—¡Abre de una vez!

Darnell dio un respingo antes de obedecer. Giró el picaporte despacio y entreabrió apenas la hoja. Cuando el lecho quedó en su campo de visión, apartó la mirada de las nalgas desnudas de la pelirroja que yacía boca abajo, tumbada a la derecha del duque. A la izquierda de éste, una morena se

revolvía con desmadejada pereza para acurrucarse abrazada a su torso velludo.

Darnell clavó los ojos en los de lord Kedwell, evitando así la contemplación de la escena que mostraba aquella especie de lupanar, y maldijo al muy sátiro de su señor por obligarlos a él y a las criadas a pernoctar bajo el mismo techo que aquel par de furcias caras, sin duda pupilas de uno de los más selectos burdeles de la ciudad.

Era evidente que al duque no le pasó desapercibida su expresión reprobatoria, porque sus labios no tardaron en esbozar una sonrisa burlona, a la vez que le sostenía la mirada sin el más mínimo atisbo de pudor.

—Dime, mi fiel Darnell —rogó con un exagerado tono cortés que era puro desafío—. ¿Qué asunto tan importante te trae a visitar la morada del diablo?

Las dos prostitutas rieron el chiste. El mayordomo vio la mano de la pelirroja reptar hacia la entrepierna del amo. Éste la castigó dándole una sonora palmada en el trasero. La joven protestó con un gemido coqueto que escandalizó a Darnell. En vez de dolorida, parecía dichosa con aquella especie de correctivo, tan firme que le había marcado los cinco dedos en la nalga.

—Un lacayo ha traído noticias... —vaciló.

Su tono dubitativo provocó una risotada en su interlocutor.

—No te hagas de rogar, Darnell. —Sonrió con abierta ironía—. No me hagas perder el tiempo, que mis adorables... ¿Cómo os llamabais, preciosidades?

El señor rio como un demonio jocoso, mientras Darnell lo maldecía para sus adentros. El muy golfo no recordaba ni sus nombres.

—Estas dos damas —continuó con la vista fija en el sirviente— suelen levantarse con mucho apetito y, como puedes ver —añadió, a la vez que señalaba con la barbilla la mano de la morena, que le acariciaba el torso arriba y abajo—, están ansiosas por devorarme a mí como desayuno.

Darnell decidió zanjar el juego provocador que se traía entre manos.

—Noticias de Teldford Hall —anunció, adusto.

Pudo notar que la mención de su casa natal despertaba en los ojos negros del hombre que tenía enfrente ese brillo característico que, a él en particular, le ponía los pelos de punta.

—¿Qué noticias son ésas? —preguntó; la sonrisa se le borró de golpe.

—Milord, el duque... —trató de no sonar brusco—. Su padre... El duque ha muerto, señor.

Damien Murray se quedó mirándolo con una expresión difícil de descifrar. En cualquier caso, no mostraba compasión alguna.

—¿Cuándo? —exigió.

—Ayer por la mañana. Según me ha informado el lacayo, los detalles se explican en esta carta —continuó diciendo, mostrándole la misiva en la bandejilla de plata.

El mayordomo no añadió nada más; se limitó a contemplar cómo su señor dejaba caer la cabeza en la almohada y se cubría la frente con el antebrazo.

—Condenado viejo —lo oyó farfullar, con la vista clavada en el techo—. Siempre tan oportuno.

Capítulo 2

El amargo regusto del pasado

—Eres duque, Damien. Mira por dónde —se dijo en voz alta camino del cementerio—. Acostúmbrate a eso.

Lo único que quería era acabar con aquella farsa. Y, a pesar de las caras largas y reprobatorias con que fue recibido por los sirvientes de su padre, no estaba dispuesto a fingir una pena que no sentía.

Damien continuó a paso firme encabezando la comitiva que se dirigía a dar el último adiós al duque difunto. De soslayo, comprobó que los integrantes del séquito lo miraban a hurtadillas. Tal vez debían de pensar que su rostro pétreo reflejaba algún tipo de sentimiento parecido a la lástima. Mejor que fuese así, aunque poco le importaba en realidad. Él sabía que su taciturna expresión no obedecía más que al cansancio por el viaje, cuya precipitación había convertido en una tortura re-

correr las ciento treinta millas que separaban Londres de las tierras de Worcestershire donde nació. Sentía cansancio, hastío, incomodidad y ganas de finalizar cuanto antes con aquella ceremonia del definitivo adiós a un hombre que detestaba. Con un padre cruel como el suyo, ¿quién necesitaba enemigos?

El vicario se detuvo ante la sepultura abierta. Damien miró a su alrededor; la parte más antigua del pequeño camposanto, anejo al templo de la vicaría sustentada por el duque, era un lugar triste. Las lápidas cubiertas de líquen sólo transmitían pesadumbre. Se detuvo enfrente del oficiante, justo a los pies de la tumba. A su alrededor se fueron colocando el resto de los asistentes. Los criados de la mansión y los aparceros y granjeros de las tierras del ducado que en ese momento le pertenecían a él se mostraban cabizbajos, como si quisieran rehuir su mirada. A su derecha se colocaron los hermanos Talte, de Talte Brothers Abogados, los dos picapleitos escogidos por su padre como albaceas testamentarios y que fueron los encargados de recibirlo en cuanto bajó del carruaje. Según le habían anunciado, esa misma mañana, concluido el sepelio, se procedería a la lectura de las últimas voluntades del duque. Damien recibió la decisión con agrado; cuanto antes acabara todo aquello, mejor. Lo único que quería era partir hacia Londres y no volver a pisar jamás Worcestershire.

Cuando el vicario comenzó el ritual del responso, Damien dejó que las palabras del clérigo se las llevara el viento y se dedicó a observar a quienes lo rodeaban. Eran sirvientes nuevos, todos sal-

vo la señora Sample, su vieja aya, que, tras su marcha, continuó al servicio de su padre como ama de llaves, y el viejo Silas, fiel mozo de cuerdas durante años que ya disfrutaba de un merecido descanso y que, en ese instante, medio ciego y encorvado por la edad, permanecía en pie con ayuda de un bastón y del brazo de su hija. Damien sintió una oleada de cariño hacia aquellas dos personas, las únicas que le habían deparado un recibimiento afectuoso. Quizá porque, de entre todos los criados, eran los únicos que lo conocían desde niño y, por tanto, conocían también toda la suerte de castigos que se vio obligado a soportar en Teldford Hall.

La voz del vicario lo sacó de aquel desagradable recuerdo para traerlo de nuevo al funeral.

—Si lord Kedwell desea dedicar algunas palabras...

Damien negó con la cabeza. Entre cuatro hombres acababan de bajar el ataúd a la fosa; en ese momento estiraban y enrollaban las gruesas maromas. Miró hacia la izquierda y, al ver el puñado de tierra que su vieja niñera le ofrecía, la tomó de su mano.

—Acabemos con esto —dijo, lanzándola a voley sobre el féretro.

Con un breve asentimiento, el vicario continuó con las últimas oraciones por el alma del duque difunto.

Fue entonces cuando Damien reparó en la presencia de aquella mujer. Una desconocida, y demasiado joven para encontrarse entre las amistades de su padre, si es que éste las tenía. Dudaba de ello, dada la ausencia de amigos y parientes en el

entierro. Se preguntó quién sería aquella joven; a lo sumo debía de rondar los veintiocho, con toda seguridad no alcanzaba la treintena. Quizá se trataba de una solterona de los alrededores. No la imaginaba casada, pues en tal caso habría acudido acompañada de su esposo. ¿Pariente lejana, tal vez? No tenía la menor idea, pudiera serlo y eso explicaría su ropa de luto. A pesar de la severa vestimenta, no parecía afligida. En realidad, su expresión transmitía una ausencia de sentimientos que despertó la curiosidad de Damien. Se fijó en el pequeño buqué de margaritas que portaba en las manos y se preguntó por qué no lo echaba sobre el ataúd. No es que fuera un experto en funerales, pero en alguna ocasión había presenciado idéntico gesto femenino, acompañado de lágrimas. Claro que la mujer que tenía delante mostraba unos ojos secos poco dados al llanto. Unos ojos azules preciosos, tuvo que reconocer. No era gran cosa, pero la viveza de su mirada resultaba sorprendentemente atractiva en un rostro, por lo demás, nada fuera de lo común.

Damien se inclinó hacia el abogado que estaba a su lado.

—La dama del fondo —murmuró, con disimulo para no interrumpir al clérigo—, ¿quién es?

—Lady Williams —respondió el otro en voz baja—. La protegida de su padre.

¿Protegida? Damien se abstuvo de indagar más, pero de la información del más joven de los Talte extrajo sus propias conclusiones. El viejo carcamal, representante de la más rancia nobleza inglesa, paradigma y dechado de virtud, ahora iba a resultar

que tuvo una amante. Observó de arriba abajo a la joven enlutada y tuvo que disimular una mueca de asco. Pocas opciones amorosas debieron presentársele en la vida a aquella damisela, o poseía un mal gusto del demonio para aceptar las atenciones de un viejo apolillado. Quizá vio en la fortuna del difunto su mayor atractivo. Seguramente.

Concluida la breve ceremonia, y mientras un par de hombres echaban paletadas de tierra, Damien recibió las condolencias de los presentes que, uno tras otro, fueron desfilando ante él.

Permaneció allí quieto hasta que todos se marcharon, con la vista clavada en la fosa en la que acababa de enterrar, al mismo tiempo que a su padre, una parte de su vida que se empeñaba en olvidar. Dio una última mirada a la tierra rojiza que cubría para siempre al hombre que nunca lo quiso, se giró y caminó hacia la fachada sur de la pequeña iglesia.

Hacía muchos años que no visitaba la tumba de su madre. Qué diferente habría sido su vida de no haber muerto ella durante el parto. Habría tenido hermanos y disfrutado del cariño maternal, habría sabido lo que era sentirse amado. Pero lamentarse por lo que pudo haber sido y no fue carecía de sentido.

Antes de abandonar el cementerio, a modo de despedida, acarició las letras de la lápida de la madre a la que nunca conoció. Dio la vuelta y caminó sobre sus pasos. A punto estaba de doblar la esquina de la iglesia cuando una visión inesperada lo detuvo. Damien se quedó clavado en el sitio al ver a la tal lady Williams ante la tumba de su pa-

dre. Debía creerse sola en el camposanto, porque no notó que reparara en su presencia. Observó cómo se agachaba para depositar el pomo de margaritas sobre la tierra fresca y, junto al ramillete, algo parecido a una tarjeta de visita que sacó de su bolsito de mano. La mujer no permaneció allí ni un minuto más. Damien la vio girar y alejarse, pero no se movió del sitio hasta verla cruzar la reja.

Ya completamente solo, salvo por el vicario, al que imaginó en el interior de la rectoría, se acercó hasta la tumba. Una vez allí, se agachó para tratar de averiguar qué demonios significaba aquel papel junto a las flores. ¿Una postrera carta de amor que acompañara al amante perdido en su viaje eterno? La idea, de tan cursi e inútil, lo hizo carcajearse por dentro. Su sorpresa fue descubrir que en aquel pequeño pedazo de papel sólo aparecía el nombre del remitente. Un par de palabras escritas con caligrafía esmerada que explicaban el significado de aquellas humildes flores.

De Jeremy.

Damien lo leyó un par de veces, se incorporó y entornó los ojos.

—¿Quién es Jeremy? —preguntó en voz alta, a sabiendas de que los muertos no iban a darle una respuesta.